

EL JUEGO DEL HOMBRE



Más de una vez hemos hecho alusión a lo interesante que resultaría un estudio de las palabras de nuestro idioma español que han pasado al uso, más o menos corriente, de otros idiomas europeos modernos. Entre ellas están *pronunciamiento, camarilla, guerrilla, junta, siesta*, etc., etc. Y al francés ha pasado nuestra palabra *hombre*. Que debe ser una de las palabras más nobles, si es que no la más noble, de toda lengua.

Hay, en efecto, en francés la palabra *hombre*. Hombre con h, por supuesto, y no *ombré* sin ella, porque *ombre* — en latín *umbra* — es sombra. Y aunque el hombre sea una sombra — «sueño de una sombra» le llamó Píndaro — *hombre* es en francés una cosa y *ombre* es otra. *Le jeu de l'hombre*, el juego del hombre, se le llama en francés al que nosotros llamamos el juego del tresillo, los italianos *tresetto* y los portugueses *vollereta*.

En español mismo se llama «el hombre» al jugador que en el tresillo dice: «¡juego!», señala palo, y se compromete a hacer más bazas que cualquiera de sus dos contrarios. El «Diccionario de la Lengua Castellana por la Real Academia Española» — nótese que la Academia es española, pero la lengua no es más que castellana — en su palabra «Hombre» dice entre otras cosas: «|| El que en ciertos juegos de naipes dice que entra y juega contra los demás.

|| Juego de naipes entre varias personas con elección de palo que sea triunfo. Hay varias especies de él. || » Quiere decir ¡claro! que hay varias especies de ese juego y no varias especies de hombres.

Véase, pues, cómo el hombre español ha entrado en el francés como un juego, si es que no como un jugador. Pero ahora se nos ha vuelto, aunque traducido, ya que de Francia nos ha venido esa canción canalesca que dice: «¡Es mi hombre!» ¡*C'est mon homme!* Y este hombre no es precisamente un jugador, sino algo peor.

«¡Juego!» O sea: «¡soy el hombre!» O si se quiere: «¡aquí el que talla soy yo!» Sabido es que en España decir de uno que es el que talla equivale a decir que es el hombre. Aunque a las veces se quede en *ombre, sombra*.

Y de paso no estará de más advertir que en el primitivo castellano, en el castellano medioeval se escribía *omme* u *ombré* sin h, ya que esta h no sonaba. En aquel castellano, cuya ortografía era genuinamente fonética, no ponían h más que a aquellas palabras de-

rivadas de latinas que empezaban con f y cuya h era un verdadero sonido, una aspirada, así: *hazer, higo, harina, hartó*, etc. Y cuando la h no sonaba no la escribían aunque su palabra antecesora latina la tuviese, como no la escriben en italiano, donde hombre es *uomo*.

Por otra parte no podía en nuestra lengua confundirse el hombre con su sombra, ya que ésta lleva la s inicial del prefijo latino *sub-*, en español *so*. Y así *sombra* es *so-ombra* (*subumbra*) bajo la sombra, como *somonte* es bajo el monte y *socapa* bajo la capa. La sombra pura parece que les daba miedo a nuestros remotos abuelos y eso que se les supone sombríos.

¡El hombre! El hombre es el que juega, es el que talla, es el que elige el palo que ha de ser triunfo. Y si le derrotan su derrota es tanto más vergonzosa cuanto que fué él mismo quien escogió palo — oros, copas, espadas o bastos — y jugó con él. ¡Oros, copas, espadas y bastos! Acaso en esta cuaternidad — o cuarteto si queréis, — se encierra toda la filosofía práctica humana. Por lo menos la española.

Dos son los llamados palos cortos: oros y copas; y dos los llamados largos: espadas y bastos. Y hay la alianza entre ellos. Unas veces la espada se alía con la copa, otras con el oro. Ahora lo estamos bien aquí, en España, aliada con la copa. Pero también se alía con el basto. ¡El hombre y el juego! ¡El juego del hombre y el hombre del juego! Porque suele ocurrir que en el juego del hombre se convierta éste en el hombre del juego.

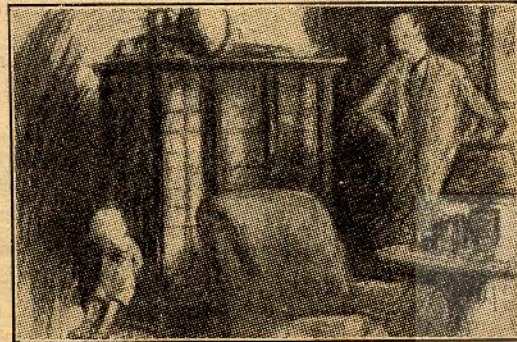
Es lástima que en español no podamos distinguir bien las dos acepciones de la terrible y equívoca voz juego. Porque juego es el de azar, el *game* inglés, y juego es el deporte, el *sport* inglés. Aunque también el deporte suele convertirse en juego de azar. ¿O es que un *match* de boxeo no suele convertirse en una ruleta? Y de aquí que a lo peor se llame deportista a un espectador de deporte o a uno que va a especular con las apuestas. Y ¡cuán lejos todo esto del noble juego que cantaba Schiller, el poeta de la libertad!

Ahora y a propósito del juego del hombre quisiera hablaros de los ases y de los reyes — reyes de oros, copas, espadas y bastos, reyes de baraja — pero esto nos enredaría en nuevas brañas que crecen a orillas del sendero. Dejemos, pues, a los reyes, que yo os prometí volver a ellos con más calma. Que nos esperen si pueden.

M I G U E L D E U N A M U N O



La madre:—¿Porqué le sacaste la lengua a ese chico?
Marucha:—Para darle una lección de cortesía.



—¿Ya acabaste de llorar, Eduardito?
—No... estoy descansando...

